AÑO II — BUENOS AIRES, 8 DE OCTUBRE DE 1923 — N.o 90

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Unidad anarquista

Una preocupación, muy lógica hasta cierto punto, tiene inquietos a un buen número de camaradas. ¿Por qué el anarquismo perdió mucha de su influencia sobre el proletariado, en estos últimos años de guerra capitalista y de revoluciones populares? ¿Será necesario rectificar la orientación de nuestra propaganda libertaria y fijar a nuestro movimiento la trayectoria que señalan las conquistas inmediatas y el fin político y económico de una revolución que esté dentro de las posibilidades históricas?

Esas dos preguntas, formuladas en distinto tono por compañeros que ocupan en la propaganda posiciones diversas, constituyen aparentemente la más grande preocupación del anarquismo internacional. ¿Qué hacer para que la próxima revolución sea anarquista, o refleje en parte la influencia de nuestras teorías sociales? Y se busca en la entraña del mundo, en la desesperación que domina al hombre en esta hora fatídica, en el sensualismo de esa violencia desatada sobre los pueblos enloquecidos en la horrible matanza, la explicación de un fenómeno que está en nosotros mismos, en nuestros errores y en nuestra credulidad.

Lo que deben hacer los anarquistas para librar al movimiento proletario de la nefasta influencia de los políticos empresarios de revueltas y explotadores de la violencia popular, es buscar en sí mismos, en las ideas y en su enérgía moral la fuerza necesaria para sobreponerse al descalabro recibido. Y entendemos que la única rectificación exigida por la experiencia de los últimos años, es la que se relaciona con las actividades del anarquismo en el campo de la lucha gremial, con la teoría y la táctica del sindicalismo y la posición "apolítica" — prescindente de doctrina y de orientación específicas — de los anarquistas en las organizaciones obreras.

No sabríamos precisar si la próxima revolución será anarquista, y lo más probable es que no lo sea. Pero sí podemos señalar el peligro que entrañaría para el anarquismo construir programas políticos y económicos, dotar a nuestro movimiento de una estrategia revolucionaria y prefijar el desarrollo de la revolución inmediata. ¿Qué ganaríamos con la creación de un partido de masas, política y económicamente identificado con los intereses más precarios de la clase trabajadora y que trabajara sobre la realidad social — sobre los intereses y los odios del asalariado — una revolución mecánica que habría de buscar las más fáciles y groseras soluciones?

La falta de unidad en el pensamiento anarquista no se debe a la carencia de un programa o de una síntesis ideológica que establezca normas generales de conducta y de actividad. Y aún en el supuesto de que el anarquismo no hubiera llegado a interpretar la vida social, el progreso humano y los problemas científicos en toda su amplitud, no sería deseable tampoco que ese milagro se realizara. ¿Qué es, en resumidas cuentas, la experiencia histórica, el progreso y la ciencia? Revelaciones del mecanismo social, hechos vividos, verdades sujetas a la relatividad del conocimiento humano. Y el anarquismo debe ser algo más que experiencia, civilización, y ciencia; debe ser la fuerza espiritual que alienta al hombre en sus luchas incesantes y lo convierte en un eterno perseguidor de quimeras....

Si creamos un anarquismo de laboratorio, que no palpite en el alma popular, que no sea a la vez poesía y ruda prosa; si buscamos en la ciencia la explicación de ideales que viven en el cerebro y en el corazón del hombre de superior sensibilidad y de alma pura; si nos empeñamos en crear un movimiento mecánico, sujeto a los vaivenes de la lucha diaria y a las influencias de un medio corrompido por los más groseros materialismos, ¿no habremos perdido con ello lo más grande que poseemos hoy como patrimonio ideológico de una filosofía que está más allá de la realidad social y de las miserias humanas?

No creemos que sean las ideas fundamentales del anarquismo las que necesitan ser rectificadas. Si hay también una crisis de anarquismo, si en la bancarrota de los partidos de revolución ha sufrido un descalabro nuestra fe en las revueltas populares y nuestro culto a la violencia de abajo, ello será un motivo de rectificaciones en lo que respecta a nuestra táctica en la propaganda. Y sería una repetición de viejos errores, más graves quizás que los que se pretenden subsanar, empeñarse en disputar a los partidos políticos la dirección de la masa obrera incapacitada para comprender la grandeza de nuestro ideal.

Lo que más preocupa hoy a los anarquistas, es la futura orientación del proletariado. Se explica ese interés teniendo en cuenta la prevalencia del factor económico sobre el político en esta hora de profundas conmociones sociales y de crecientes descontentos que se traducen en subversiones aparentemente dirigidas contra los fundamentos de la sociedad capitalista. Pero si pretendemos ganar a los obreros para nuestras ideas, adaptándonos a sus gustos y buscando el método más fácil para conducirlos a la revolución, el anarquismo perderá su propio camino y los anarquistas olvidarán sus inquietudes espirituales absorbidos por el trafago de una lucha materialista de necesidades inmediatas y de intereses creados por esa misma lucha de clases. Y será el sindicalismo, con sus razones históricas, con su materialismo y con su dinámica social, el que saldrá fortalecido con ese aporte de energías y de entusiasmos.

¿Cómo, pues, evitar que la acción de los anarquistas se aparte de la propia concepción libertaria, aún cuando entreguen sus esfuerzos a las organizaciones obreras? Realizando desde ya la propaganda doctrinaria que facilite en el movimiento obrero la asimilación de nuestras ideas por una parte del proletariado. He ahí, pues, la rectificación que deben hacer los anarquistas partidarios del apoliticismo sindical. Es necesario ganar a los trabajadores para el anarquismo y no que el sindicalismo gane para sí a los anarquistas. Y esa labor primordial establece por sí misma una línea de conducta para todo el movimiento anarquista: le facilita el programa de acción que tanto se empeñan en buscar los que proclaman el fracaso de la ideología libertaria por su falta de materializaciones.

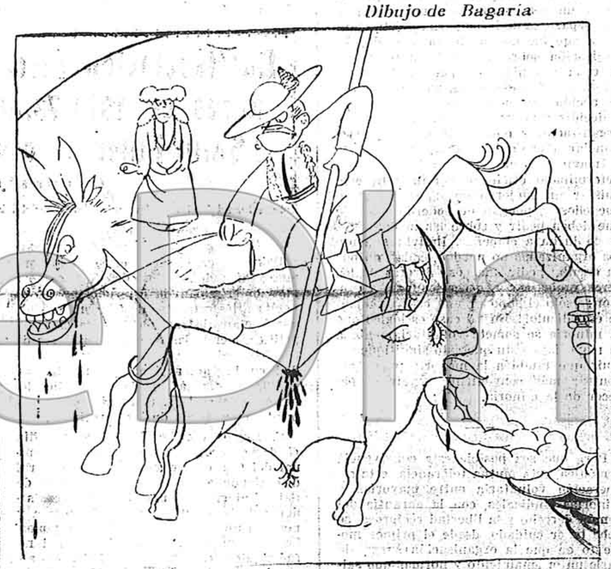
En cuanto a la unidad del pensamiento anarquista, ese deseo no debe ser alimentado por ningún compañero sensato e inteligente. ¿Es posible sacar una síntesis filosófica de la vida y someter a un cánon las ideas que se agitan en millones de cerebros? El anarquismo tiene ya su síntesis moral: la idea de libertad y de justicia, que es el culto al hombre y a la humanidad. Necesita llegar el anarquismo a una unidad de acción, y esa tarea debe ser emprendida por todos los que tienen capacidad para aportar métodos nuevos a la lucha de los pueblos contra sus seculares tiranos.

Si el anarquismo se crea su propio movimiento en el terreno de la lucha de clases, si identifica a una parte del proletariado a su espíritu libertario y si logra sobreponerse a la derrota de los partidos de revolución, es seguro que en el horizonte social resplandecerá la aurora de un nuevo día. Y los anarquistas encontrarán en sí mismos lo que se empeñan en buscar en el fango de los caminos trillados y en el arroyo donde van a parar los desperdicios de esta sociedad corrompida.

Es necesario no confundir las teorías anarquistas con la táctica del movimiento anarquista, tan distinta en cada país y tan variada en sus múltiples manifestaciones. Por eso insistimos en esta cuestión. Si se quiere llegar a la unidad del movimiento anarquista, es necesario terminar con los "ismos" secundarios. Que el anarquismo sea una misma conclusión moral en el hogar, en la escuela, en el sindicato, en el cuartel, en la calle. Anarquistas en todas partes, sin hacer concesiones al medio social, a los prejuicios y a los intereses que conspiran constantemente contra la realización de nuestros propósitos emancipadores.

LA FIESTA DE LA RAZA

Dibujo de Bagaria



EL CABALLO.—¡¡¡¡Anda la Raza!!!!

MINORIAS Y MAYORIAS EN LA ORGANIZACION SINDICAL

En el campo de la organización sindical debería ser posible la unión de todos los obreros, sea por la comunidad de su interés de clase, sea porque todos los obreros sienten el peso de la esclavitud del salariado y tienden a librarse de él.

Pero, esto no obstante, las organizaciones obreras tienen a menudo tendencias diferentes las unas de las otras, y a veces contradictorias; y en el seno de una misma organización surgen vivos contrastes sobre la orientación que se ha de dar al movimiento y sobre cuestiones prácticas de todas clases. En cada organización, pequeña o grande, es inevitable, por lo tanto, la formación de mayorías y minorías tendientes, cada una, a dar a la común asociación la orientación que en interés de todos cren mejor.

Por ejemplo, muchas organizaciones sindicales en Italia, en Europa y en América del Norte están compuestas en su mayoría por reformistas o por lo menos por obreros no anarquistas, y conducidas, por consiguiente, con métodos que los anarquistas a menudo desaprueban. Algunas federaciones de oficio tienden a concentrar sus funciones en las manos de pocos dirigentes, que convierten esas funciones en una autoridad, en un verdadero pequeño gobierno. Los anarquistas combaten estas tendencias con la mayor energía; permanecen, como obreros, en el seno de tales organizaciones mientras su libertad y autonomía es respetada, aún cuando la mayoría sigue un camino distinto. Pero cuando, forzadas por la mayoría, estas organizaciones entran en un camino en oposición formal, en el terreno político, con la minoría y lesionan su libertad de pensamiento y de acción, los anarquistas no vacilan en salir de ellas y favorecer el surgimiento de organizaciones más libres y que responden al propio fin revolucionario.

Así en Italia hubo hasta ayer Cámaras del Trabajo que seguían los métodos de lucha libertarios y revolucionarios, y vivían fuera de la Confederación del Trabajo; había ligas, sindicatos y organismos provinciales que se habían separado de las respectivas Federaciones de oficio, donde ya no les era consentido moverse libremente. Fueron estas cámaras del trabajo, ligas, sindicatos, federaciones, etc., que siguiendo la táctica de la acción directa, dieron vida a la Unión Sindical Italiana. Y lo que hicieron en Italia en este sentido los anarquistas y los sindicalistas, en otras partes, como en Alemania y en Estados Unidos, lo hizo también una parte notable de socialistas, rebelándose a las imposiciones autoritarias de organizaciones corporativas casi reaccionarias que impedían la libertad de acción de aquéllos.

Como se ve, los anarquistas están lejos de reconocer a las mayorías, aún en el seno de la organización obrera, el derecho de obligarles a seguir una ruta que no es la suya. Pero cuando la ruta es idéntica, o cuando la mayoría no obstaculiza la libertad de pensamiento, de propaganda y de acción de las minorías, éstas, en las cuestiones de índole práctica, se sienten comprometidas a respetar el mútuo pacto hecho en el momento de organizarse.

Hasta que la separación no se ha hecho necesaria por una insuprimible cuestión de principios o por la soberbia de la mayoría, los anarquistas piensan que la minoría siga su conveniencia y obedezca a un deber moral, haciendo acto de voluntaria subordinación frente a la mayoría.

La misma objeción de que en el terreno práctico fuese inconcebible una conducta inspirada en los principios anarquistas, porque la continua oposición y negativa de la minoría a seguir el parecer de la mayoría impediría todo movimiento y trabajo proficuo de la una y de la otra, era repetida en 1897 por Saverio Merlino en una importante y larga discusión tenida por él con Errico Malatesta, quien muy lógicamente le respondía que: "en muchos casos la minoría, aunque esté convencida de que tiene razón, debe ceder a la mayoría, porque de otro modo no habría vida social posible. En los casos en que no se pueda alcanzar la unanimidad es necesario que la minoría ceda, también y especialmente en las cosas de importancia vital; pero, *y aquí está la razón por la que somos anarquistas*, nosotros queremos que las minorías cedan voluntariamente, cuando así lo requiera la necesidad y el sentimiento de solidaridad".

Esto es efectivo desde entonces y constituye la norma mejor y la mejor garantía de concordia y de unidad de acción para las organizaciones sindicales, — por lo menos de aquellas a las que los anarquistas adhieren y consagran su actividad.

Si en una liga o en un sindicato nace una discordia sobre cuestiones de índole interna, administrativa, etc., ¿se querría, acaso, dividir la organización, sólo porque una parte no se aviene a ver prevalecer una solución diferente de la que ella cree mejor? ¡Si cada vez que surge un desacuerdo la minoría tuviera que separarse de la mayoría, o ésta expeler a aquélla, no habría ya una sóla organización sobre la faz de la tierra! Y si cada organización, para cada movimiento, para cada lucha, para cada clase de acción tuviese que deliberar siempre y decidir solamente por unanimidad, las organizaciones obreras tendrían que renunciar a cualquier movimiento.

Imaginemos que los organizados de un determinado oficio se agitan para conquistar un mejoramiento; es necesario que ellos se pongan de acuerdo sobre lo que deben pedir y sobre las modalidades de la lucha a empeñar. Individualmente los organizados no pueden, cada uno por su cuenta, pedir una cosa diversa de los otros y elegir una diversa forma de acción; ¡sólo el suponer una cosa semejante es ridículo! En tal caso es lógico que la minoría se someta voluntariamente a la mayoría, — sin que esto signifique excluir que también la mayoría pueda encontrar más conveniente seguir el parecer de la minoría.

Para que sea posible esta convivencia armónica, esta mutua tolerancia, esta cooperación voluntaria entre mayorías y minorías sindicales, con la garantía del común derecho y la libertad recíproca, se debe tener cuidado, desde el primer momento en que la organización surge, de darle un ordenamiento y normas que salvaguarden la libertad de pensamiento y de acción de todos, en los límites del programa que deben desenvolver y sobre la directiva común que deben seguir.

Fijado el mutuo pacto de recíproca tolerancia y respeto de las diversas opiniones, para lo demás el espíritu de solidaridad bastará a aconsejar ora a los unos, ora a los otros, el momentáneo sacrificio de sus particulares puntos de vista. Sólo la contravención al pacto común libremente aceptado puede desligar a los unos o a los otros del deber de la solidaridad y de la unión.

Así, por ejemplo, si una cámara del trabajo que, como debiera ser siempre, tiene por base de su constitución la neutralidad frente a los diversos partidos políticos, aprovechando de una mayoría favorable a un dado partido, quisiese poner al servicio de éste sus fuerzas; si, como ha sucedido muchas veces, esta cámara del trabajo quisiese desenvolver una acción electoral con los medios y en el nombre de todos los organizados — aquellos organizados que son antiparlamentarios, viendo violado en su perjuicio el pacto común, tienen derecho, no sólo de negarse a seguir a la mayoría, sino también, donde no fuese posible hacer volver a la mayoría al camino recto, a separarse de ella.

Del mismo modo, si la mayoría decidiese desenvolver una determinada acción contra el capitalismo, esto es, en un sentido que está en relación con los fines de la organización proletaria, y la minoría por una razón cualquiera obstaculizara esa acción, la primera tendría todo el derecho de separarse de la segunda; y lo hará ciertamente cuando la negativa de la solidaridad perjudique demasiado a la causa proletaria. Pero en ambos casos la división tendrá por causa razones fundamentales de principio, frente a las cuales todo deber de tolerancia recíproca cesa.

Me parece que he examinado suficientemente y precisado las relaciones intercorrientes entre las mayorías y las minorías en el seno de la organización obrera. Concluyamos, pues.

En línea de principio, el hecho de ser mayoría no constituye por sí un derecho sobre la minoría. Los anarquistas son minoría frente a la sociedad burguesa; y sin embargo sienten pleno el derecho de rebelarse a ella. Pero cuando se está de acuerdo en el principio que guía la común acción, en el hecho la ley misma de la vida y de la asociación quiere que la minoría ceda voluntariamente, en vista del fin a alcanzar y por espíritu de solidaridad, a la mayoría, bajo pena, de lo contrario, de no realizar nada y de perjudicar por consiguiente a la mayoría y a la minoría del proletariado revolucionario.

No hay que olvidar, en fin, que la lucha que, según los anarquistas, las organizaciones obreras tienen que llevar contra la sociedad burguesa no debe consistir en la substitución de los dogmas de ésta por otros dogmas formalistas, por lo cual, aplicando un dado principio abstracto a todas las modalidades exteriores de la lucha misma, se venga a sacrificar y anular el espíritu que la anima. La letra no debe matar al espíritu, y en realidad, si cada minoría, cada vez que piensa distintamente de la mayoría separase su acción de la acción de ésta, lejos de afirmar de ese modo un principio de libertad, haría imposible toda libertad real.

Estos son los conceptos que deben guiar la actividad anarquista y revolucionaria en las organizaciones proletarias. Ya que la revolución social, si bien será la emancipadora de todos los hombres de toda forma de esclavitud, en su primer momento será la reivindicadora de los derechos obreros. Y la revolución de los obreros contra el capitalismo tiene, ante todo, necesidad de esa disciplina moral, hecha de mútuas concesiones voluntarias entre los oprimidos, y de recíproca ayuda, que es la solidaridad contra el enemigo común.

Luigi Fabbri

La Asociación Internacional de Trabajadores en 1872-73, desde el congreso de Saint-Imier al congreso de Ginebra

(Septiembre de 1873)

(Continuación)

Bakunin, en el manuscrito de los primeros días de octubre de 1872, entrevé una solución para la Internacional en la vuelta a los estatutos de Ginebra (1866), que hacían abstracción de toda cuestión política, siendo las federaciones libres de tratarla cada una a su manera. La unidad en la Internacional estaría basada en "la solidaridad de las reivindicaciones económicas" ... una tesis que corresponde a las ideas de los jurasianos.

F. Engels escribe casi el mismo día (5 de octubre) a Sorge, la cabeza nominal del Consejo general de Nueva York, discutiendo a su modo el Congreso de Saint-Imier: "está muy bien que esos señores declaren abiertamente la guerra y nos den una razón suficiente para ponerlos a la puerta"... Esta brutalidad no fué siquiera escuchada por el Consejo general que, el 8 de noviembre, (sesión del 27 de octubre), pidió simplemente que fuesen revocadas las resoluciones de Saint-Imier que él había declarado nulas y no acontecidas. Los jurasianos no entraron en discusión con ese Consejo general que era nulo y no existía para ellos, e hicieron un llamado a las otras federaciones para poner en vigor la declaración de la minoría en La Haya, es decir, la defensa común contra una agresión autoritaria (8 de diciembre).

El congreso belga (Bruselas, navidad, 1872), ratificó la conducta de la minoría en La Haya y declaró nulas las resoluciones autoritarias de ese congreso de mayoría ficticia, no reconoció tampoco el Consejo general de New York y expresó el deseo de proceder inmediatamente "a la organización de un pacto federativo autónomo entre todas las federaciones regionales que quisieran contribuir a él"... En la discusión sobre si era o no necesario abolir la institución de un Consejo general o mantenerlo, las opiniones estuvieron divididas, en partes iguales quizás.

El congreso español, propuesto para marzo de 1873, fué ya tenido en Córdoba, del 24 de diciembre al 2 de enero de 1873; aprobó el pacto de Saint-Imier y declaró que la federación española permanecería en relaciones con todas las federaciones, cualquiera que fuesen sus relaciones con el Consejo general. El congreso propuso celebrar el *próximo congreso antiautoritario* después del próximo congreso general, si ese congreso general no anula las resoluciones autoritarias del congreso de La Haya (además el congreso transformó al Consejo federal español en una Comisión federal con sede en Alcoy).

El congreso de la federación inglesa, (Londres, 26 de enero de 1873) fué rico en revelaciones de Hales, Jung, Eccarius sobre la conducta verdaderamente imposible de Marx y Engels, cegados por el poder, en los últimos tiempos en Londres y se declararon nulas las resoluciones tomadas en La Haya, estando dispuestos a entrar en relaciones y a cooperar con su mayoría para celebrar un congreso internacional cuando pareciese deseable.

Por cartas a New York del 4 de enero y del 12 de febrero de 1873, Engels y luego Marx dan la palabra de orden de que todas esas federaciones habrían cesado automáticamente de formar parte de la Internacional; Marx se da el aire de estar contento por ver a la Internacional desembarazada de elementos perjudiciales. Esa carta de Marx (12 de febrero) a Karl Bolte, del Consejo general, fué escrita — como Sorge nos dice al editarla — para influenciar una escisión que existía en el propio Consejo general. Porque, no obstante el furor de Marx, el Consejo general había solamente suspendido y no excluído a la Federación jurasiana (5 de enero, New York). Marx reconocía en su carta que los estatutos no se ocupan de las modalidades de una exclusión, pero establece triquiñuelas para pasar sobre ellos. En una carta del 3 de mayo de 1873, Engels dá a Sorge, perentoriamente, la instrucción — para asegurar la victoria en el Congreso de Ginebra en septiembre — de declarar salidas de la Internacional las federacioones belgas, españolas, inglesas y la jurasiana, lo cual se hizo por decreto del 30 de mayo en Nueva York, decretando que todas estas federaciones, secciones y personas "se colocaron ellas mismas fuera de la Asociación... y han cesado de formar parte de ellas", mientras que una federación italiana no habría existido simplemente jamás.

Cuando se leen las cartas impregnadas de un cinismo inefable y al mismo tiempo de una falta absoluta de candor que Engels en primer lugar y Marx mismo escribieron a New York durante todo ese tiempo, se siente un poco de piedad por los hombres bobos del Consejo general de New York. Estos hombres han tenido sin duda la buena voluntad de ser útiles a la Internacional y han creído, como tantos otros, que Marx y Engels eran hombres serios y honrados. Han dado, pues, fe a su palabra, mientras que estos dos les hablaban con grandes inexactitudes, de un modo suciamente envenenado por todos sus odios privados, sin darse el menor trabajo de examinar los hechos que conocían con retardo e incompletamente. Para tener el *Bulletin* jurasiano con el informe sobre Saint-Imier, Engels demuestra gran celo (5 de octubre), pues escribió expresamente a Ginebra para obtener ese número (publicado en el Jura). No es sino el 23 de febrero de 1877, cuatro años más tarde, cuando Engels escribe a Marx que "sería ya tiempo que el señor Demuth se abone al *Bulletin* jurasiano, como hemos convenido nosotros"; este buen hombre era el marido o el hijo de la vieja sirvienta de Marx. Estos dos detalles son simbólicos del modo de informarse del Consejo de Londres al nuevo Consejo de New York; ordenan a este Consejo un personal a su servicio y ellos mismos se ponen como intermediarios en Londres, lo que corta al Consejo toda relación seria con las Federaciones. Estos agentes producen o bien un terrible maremagnum en Francia donde hay espías entre sus subagentes y grandes procesos que destruyen la Internacional en las provincias, donde ellos no hacen nada absolutamente: así Engels explico el 20 de marzo de 1873 a Sorge que el informe (francés) de Serrailler estaba en una carta perdida, que el polaco Wroblewski no enviara informe, porque los polacos no lo envían nunca y no se les ha pedido tampoco. Añade que Sorge sabe tanto como ellos en Londres sobre Alemania y Austria, y que, como él, no tienen ningún detalle sobre las secciones existentes. Los secretarios Jung (Suiza) y Cournet (blanquista francés y secretario para Dinamarca), han salido del ambiente marxista. ¿Quién os informará, pues? No oímos una palabra sobre Dinamarca. En Francia todo el mundo parece estar bajo cerrojos, etc. En una palabra, la paciencia de ese Consejo general nominal que Marx y Engels no dejaron un instante en tanto que ese juego les pareció valer la pena, fué muy grande; esos hombres no tenían más que la elección de tomar a Marx y a Engels por mentirosos y simuladores o creerlos sobre sus palabras; hicieron esto último y no verificaron el estado real de las cosas: son culpables, pero tienen la excusa de que no podían imaginarse hasta qué grado habían sido engañados por Marx y Engels, que entonces no pensaban más que en satisfacer sus rencores personales, y cuando la Internacional arruinada por ellos, no les podía servir para nada, la arrojaron como una forma vacía, como hace Engels en su carta del 12 de septiembre de 1874.

El congreso de la Federación italiana, celebrado en Bolonia en marzo de 1873, aceptó las resoluciones que muestran claramente la mano de Bakunin y me parece que ese es el apogeo de su acción en la Internacional, que nunca sus ideas y las de numerosos camaradas abnegados han estado de tal modo de acuerdo como en este congreso al que no asistió, pero que por sus relaciones epistolares numerosas y por las visitas a Locarno de los internacionalistas italianos a partir de octubre de 1873 había preparado ciertamente en la teoría y en la práctica.

He aquí algunas de esas resoluciones:

(4) *"Sobre la relación que le acaba de ser hecha respecto del congreso de La Haya y del de Saint-Imier y de las relaciones entre la Federación italiana y el Consejo general de New York,*

el congreso declara:

Que el Consejo general de Londres, queriendo usurpar una dictadura en la organización del proletariado universal, en vista de la valerosa oposición de algunos núcleos y secciones, creyó necesario meditar y preparar un golpe de mano para concentrar los poderes que le eran otorgados;

Que su pretensión de querer imponer a la Asociación entera un programa político y sociológico del *Comunismo autoritario* de un nuevo Estado constituye un acto de regección;

Que los manejos para formar en La Haya una mayoría ficticia y cointeresada y las calumnias sistemáticamente difundidas durante un año para lograr la formación de una comisión partidaria de la encuesta y la expulsión de dos compañeros nuestros (Miguel Bakunin y James Guillaume), a los que expresamos nuestra estima y simpatía, constituyen un acto de baja traición;

Que el actual congreso no puede menos que aceptar plenamente y reafirmar las resoluciones de los congresos de Rimini y de Saint-Imier;

Que por esto mismo la Federación italiana desconoce las deliberaciones del congreso de La Haya y niega al Consejo general de New York toda cualidad o ingerencia en la Internacional".

(5) *"Sobre el pacto de amistad, de solidaridad y de libre defensa proclamado en Saint-Imier y sobre el congreso antiautoritario allí establecido,*

el congreso italiano declara:

Que acepta y quiere ese pacto considerándolo como absolutamente necesario para salvar el verdadero espíritu y la verdadera unidad misma de la Internacional contra los manejos autoritarios y disolventes de los centralistas;

Que por esto encuentra también necesaria la réunión del congreso antiautoritario y propone que se reuna en el Jura suizo cinco días antes del congreso ordinario establecido por los Estatutos generales de nuestra Asociación, para que los representantes de las Federaciones libres puedan entenderse sobre una sólida línea de conducta a seguir".

(6) *"Sobre el congreso ordinario establecido por los Estatutos generales de nuestra Asociación,*

el congreso federal italiano declara:

Que para prevenir los peligros y las intrigas que se experimentaron en La Haya, halla necesario que entre los delegados al congreso antiautoritario se establezca y se tome el compromiso de retirarse si llega a acontecer que uno de ellos no es admitido como miembro deliberante bajo cualquier título o pretexto;

Que por respeto a la dignidad de sus Federaciones, los delegados italianos no intervendrán en el congreso más que con esta sola condición y con el mandato de proponer las siguientes reformas:

a) Restablecimiento en su integridad de los antiguos Considerandos del programa de la Internacional;

b) La solidaridad en la lucha económica como el único lazo obligatorio entre los socios de la Internacional dejando a cada Federación, sección, núcleo o individuo la plena libertad de seguir el programa político que considere mejor, y de organizarse pública o secretamente para la actuación del mismo, siempre que no sea opuesto y contrario al objeto de nuestra Asociación: *La emancipación completa y directa del proletario por obra del proletario.*

c) Abolición de toda autoridad y de todo poder central en la Internacional y por consecuencia plena libertad de organización y plena autonomía de las secciones y federaciones".

(7) "Sobre el valor de las declaraciones del congreso,

el congreso italiano declara:

Que por sí mismas tales deliberaciones no pueden ser obligatorias sin violar los principios proclamados de libertad y de autonomía y por eso exigen la aprobación especial de todas las secciones y federaciones particulares".

He aquí la táctica preconizada por Bakunin (resolución 6) y he aquí las ideas de Bakunin que ese congreso proclamó altamente (resolución 8):

(8) "Conforme a tales resoluciones y para responder a una serie de cuestiones presentadas, el congreso propone unánimemente a la aceptación de las secciones italianas y a la consideración de las secciones del exterior los principios siguientes como base de la propaganda y de la acción revolucionaria:

Considerando,

Que todo idealismo político y religioso se traduce practicamente en opresión y monopolio,

Que teoricamente Dios es un absurdo y sirve siempre en la práctica de consagración y de pretexto a todas las tiranías y a todas las explotaciones del hombre por el hombre,

El congreso se declara *ateo y materialista.*

Considerando,

Que todo Estado, aún el más popular, basado en el sufragio universal más amplio contiene en sí mismo la idea y el hecho de la dominación, y tiene por resultado la esclavitud de las multitudes populares sacrificadas a una minoría gubernativa cualquiera; siendo *Estado y dominación, esclavitud y miseria populares* términos inseparables

Que la libertad y el bienestar de las multitudes populares exigen como sola forma de organización posible la libre y espontánea asociación de abajo a arriba y la federación de las libres asociaciones o comunas aconsejadas por sus propios intereses, por sus simpatías y aspiraciones.

Debiendo la administración autónoma de los intereses de las multitudes obreras substituir en todo y por todo al gobierno político,

El congreso se declara *anárquico y federalista,* y reconoce que las muchedumbres no deben sufrir más la autoridad de jefes oficiales o sedicentes revolucionarios.

Considerando,

Que la justicia jurídica basada sobre la propiedad privilegiada debe ser substituida por la justicia humana, que no reconocerá otro fundamento fuera del trabajo de todos y la plena libertad de cada uno surgida de la solidaridad común en la igualdad de todos;

Que la igualdad será siempre imposible en tanto que exista la propiedad individual y la herencia;

Que el que no trabaja y no produce no tiene derecho a consumir;

Que ninguno tiene derecho a vivir del trabajo ajeno;

Que, conforme a la justicia humana, todos deben trabajar en condiciones iguales;

Que por esto la tierra, los instrumentos de trabajo, los capitales en general no pueden quedar a disposición de una minoría privilegiada y explotadora;

El congreso se declara en favor de la propiedad colectiva, dejando al pensamiento y a la acción espontánea de las comunas libres y de las libres asociaciones su organización.

El congreso declara que no reconoce otra acción política aparte de la que de acuerdo con todos los proletarios del mundo conduce directamente a la realización de estos principios, rechazando toda cooperación o complicidad con las intrigas políticas de la burguesía por más democráticas y revolucionarias que se digan".

Pero si esto es la quinta esencia del anarquismo colectivista, formulado sin duda alguna por la pluma de Bakunin, afirma también altamente la tolerancia hacia las ideas diversas sentidas de buena fe y que no se tratan de imponer a los demás:

(9) "Convencidos de que estos principios unánimemente reconocidos y aceptados por nuestro congreso son la fiel expresión de la inmensa mayoría del proletariado italiano, no pensamos sin embargo hacer de ellos una condición de nuestra solidaridad con el proletariado de los otros países. Manteniendo la libertad para nosotros, reconocemos la libertad de todos y el derecho indiscutible de los obreros de cada país a buscar su emancipación por una vía diversa de la nuestra, que ellos se abstengan a su vez de querer imponer a los demás sus propios principios.

Hacemos esta declaración particularmente para nuestros hermanos de Inglaterra y de América, sabiendo que ellos consideran diversamente que nosotros la relación del proletariado con el Estado, y sabiendo al mismo tiempo que no han tenido nunca el pensamiento de imponer a los demás sus convicciones particulares"

Max Nettlau

(Continuará)

Luis Fabbri - "Cartas a una mujer"

(Un volumen de 112 páginas)

SUMARIO:

Prefacio a la edición española. — Anarquistas y Anarquía. — Los anarquistas y la violencia. — Anarquía y revolución. — Los anarquistas y los otros partidos. — Los anarquistas y la legalidad. — Los anarquistas no son utopistas. — Los anarquistas son socialistas. — El socialismo anarquista. — El consumo y el trabajo en la Anarquía. — La organización del trabajo en la Anarquía. — Anarquía: ausencia de gobierno. — Los anarquistas y la moral. — Las pasiones en la Anarquía. — La familia burguesa y los anarquistas. — Las mujeres, el amor y la familia en la Anarquía. — La educación de los niños en el anarquismo. — Los anarquistas y el patriotismo. — Los anarquistas y la religión. — Dioses y curas en la Anarquía.

LAS ALEGRIAS DE LA MUERTE

(Dibujo de Alfredo Rethel)

¡Sí! ¡Quién los conducía era la muerte! Y ella cumplió lo prometido. Los que la seguían yacen en el polvo, libres e iguales... ¡Mirad! Ella se ha despojado de su máscara, y, como vencedora, altanera sobre su caballo, se eleja llevando en los ojos una mirada de desprecio.

Literatura-Arte-Ciencia

SALON NACIONAL

El jurado de pintura

"Debe admitirse a todo el mundo. No reconozco a ningún artista el derecho de juzgar a un colega, porque bien puede haber detrás de eso una cuestión de porvenir, y a veces hasta una cuestión de pan." — Ingres (*citado por Amaury — Duval*).

Los artistas pintores que componían el jurado de admisión del XIII Salón anual de Bellas Artes, actualmente abierto al público en los Salones de la Comisión Nacional, no han sentido los escrúpulos de Ingres. Efectivamente, nos dicen que de 580 obras remitidas, 520 han sido rechazadas y entre ellas obras de artistas laboriosos y conocidos en nuestro medio. La cuestión del porvenir y la cuestión del pan, tan graves en este ambiente, no ha sido óbice para que el jurado se erigiera en juez severísimo de la producción ajena. ¿Con qué títulos, nos preguntamos, han sido severos con los demás? ¿Con qué principios? Nosotros, que queremos ejercer el derecho de crítica ampliamente, no concebimos que alguien se atribuya el poder de coartar el derecho de exposición, que en las artes plásticas equivale a la libre emisión del pensamiento.

Nuestro sentido de la justicia no puede admitir semejante pretensión. Aún encarando el problema desde un punto de vista relativo, admitiendo la necesidad de la selección, es decir, colocándonos en el terreno en el que se atrincherran todos los jurados para distribuir a diestra y siniestra consagraciones, honores y premios, entendemos que esa selección no es posible sin un criterio concreto y determinado.

Veamos: Si el jurado tiene un concepto particular del arte, entonces la exposición será una manifestación de esfuerzos y realizaciones en el sentido del concepto informante. ¿El jurado del Salón Nacional ha juzgado con un concepto definido? Las obras expuestas nos dicen que no; las tendencias más diversas y disparatadas han sido admitidas. En verdad, otro criterio sería inconcebible, hoy precisamente que las tendencias más contrapuestas tratan de imponerse y que si un Camilo Mauclair, por ejemplo, piensa que Cézanne es un bluff de marchand, en cambio, otros, tan respetables como él, piensan que ha sido el más grande y genial pintor del siglo pasado. ¿Y de cuántos artistas modernos no podría decirse lo mismo? Reina una gran desorientación en el arte. Pero si nunca hubo más teorías encontradas que en el presente, no son en verdad los miembros del jurado de pintura del Salón Nacional los llamados a dilucidar tan intrincada cuestión. Las obras que ellos personalmente exponen acusan una falta de conceptos extraordinaria. Vaya el lector, y *admire* las obras de los miembros del jurado, las obras de Quirós, de R. Francó, de G. Loez Naguil. (El señor Gonzalez Garaño es uno de esos señores a quien se le atribuye conocimientos en la materia porque pinta de afición y no expone, y en cuanto a Ripamonte, el subdirector de la Academia, no expone tampoco nada pero se sabe qué puntos calza su nacionalismo gauchesco pero no pictórico). López Naguil. (El señor González Garacatálogo) carecen de elementales condiciones de pintura. Dejando a un lado el asunto, y la pobreza franciscana de su composición, porque al fin y al cabo en pintura no hay asunto bueno ni malo sino formas de encararlo, los cuadros del severo juez Quirós son un buen ejemplo de cuadros malos. Quirós pinta telas enormes que carecen en absoluto de algo fundamental: no hay calidades; los tejidos, las mesas, las flores, todo es igual en ellas. El dibujo es inconsistente y los valores no existen. ¿Tienen por lo menos una armonía de conjunto? ¿Un acorde sabio, simple, es decir una interpretación decorativa? No. Quirós es realista, del género superficial y soso. Entonces, ¿cómo este señor sin personalidad ninguna, que ha parodiado desde Millet a Velazquez, a cuanto artista hubo, pretende erigirse en juez severo? Pinte y exponga en buen hora sus telones, pero ¡por favor! comprenda que desde un punto de vista *absoluto*, es mucho más mala una obra suya que esos cuadros hechos pacientemente con cabellos, tan ridiculizados, y con justicia, por la gente culta.

En cuanto a las obras que expone Rodolfo Franco (Nºs. 62 y 63) caben las mismas observaciones; hechas apresuradamente, sin emoción ninguna y, lo que es peor, inconscientes y sucias a pesar de que tienen la pretensión de ser finas de color. ¿Qué quiere Franco? Estudie el lector sus obras, concurra diariamente hasta el último día de la exposición y trate de desentrañar con qué criterio juzga a las obras ajenas. Por mi parte renuncio, seguro de no encontrar nada.

Hablemos del cuadrón de López Naguil *"Domine ut videan?"* (Nº 92?). Admitamos que por A o por B el autor se haya visto obligado a exponer ese cuadro malísimo, pero es incocebible que, a pesar de eso, se atreva al mismo tiempo a adoptar la actitud de juez severo.

En fin, ¿para qué seguir? Para probar en forma definitiva la falta de un elevado criterio artístico (que comportaría una inteligente tolerancia), basta ver como han distribuído los premios. El primer premio ha sido dado a un pintor Bernaregui, lamentablemente desviado en una preocupación de aspecto. Su tecnicismo aparatoso, de empate excesivo, ha dejado boquiabiertos a los severísimos jueces. ¿Pero qué nos dice el señor Bernaregui en sus cuadros? De lejos y de cerca parecen bordados con lana gruesa o esos cuadros hechos con corchos pintados que suelen verse en las ferreterías. La naturaleza torturada, sometida a una forma de expresión minuciosa y ridícula ha perdido su alma. El pintor no ama sino a la pasta de sus colores. Ah! qué lejos de la emoción profunda, del lirismo tumultuoso, que tienen los empastes exorbitantes de Van Gogh! Qué lejos de la emoción profunda, del amor paciente del divisionista Segantini!

Es lamentable que ese jurado severo (en el terreno de ellos) premie una obra que orientará por el peor camino a la juventud; porque el análisis y el esfuerzo que campea en la obra de Bernaregui, es, *desde un punto de vista absoluto del arte*, señores del jurado, del más estúpido y grosero materialismo.

Las otras obras premiadas no tienen más mérito que la gran dimensión y la juventud de sus autores. Digamos de paso que el jurado de escultura ha sido tolerante, y el conjunto no es por eso peor, al contrario.

En fin, comprobamos en este Salón lo que hemos dicho tantas veces: el estímulo oficial, los premios, hacen florecer un arte artificial, envenenan las actividades artísticas con la lucha mezquina por el éxito, contribuyen a la producción de obras de efecto, brillantes y llamativas. En fin, hacen del arte una *carrera* lucrativa en la cual tienen una enorme ventaja los simuladores y los menos dotados de verdadera sensibilidad.

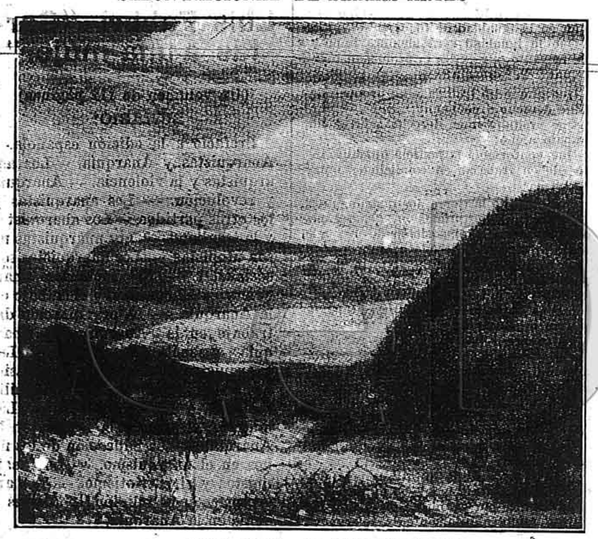
Y, para terminar, recordemos a los autores de las 520 obras rechazadas, que todo jurado es malo y que es ridícula la pretensión de querer determinar el grado de *exponible* que tiene toda obra. De Cristo, seamos lo que seamos, podemos tomar el precepto formidable sin menoscabo alguno, al contrario: "No hagas a los otros lo que no quisieras que te hagan".

El que haya elegido al jurado y lo crea necesario, no se queje. No se queje el que antes lo ha sido permitiéndose juzgar a los demás.

Otro día hablaremos de las obras expuestas. Así como no impediré jamás que otros pinten, expongan, escriban o hablen, pienso ejercer libremente el derecho de opinar, tanto más que mi opinión ni consagra ni derriba a nadie.

ZERO

SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES



ITALO BOTTI — El Arroyo (Los Cocos)

SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES

ANTONIO PEDONE — La lagunita

LA VACA EMPANCANADA

FABULA

La vaca estaba hundida en el barro del cañadón hasta la mitad de las costillas.

Era una vieja vaca overa, criolla y "guampuda". Los hombres le sacaron todo el provecho que pudieron y luego cuando la vieron así, flaca y destruída, maltratáronla a golpes, la empujaron hacia aquel lugar de tortura, en donde no había pasto y en donde la devoraban los mosquitos. Las vacas suelen ser como los pueblos, como las sociedades: Tienen una tolerancia infinita y estúpida para con los que las explotan con arrogante energía. Así, aquella vaca overa tuvo muchos hijos a los cuales se comieron los hombres, dió mucha leche que también consumieron éstos, y, por último, como estaba muy flaca para ser comida ella misma, la llevaron a pechadas y argollazos hasta aquel rincón del campo donde no quedaba hierba ninguna y en donde solo había pantanos y mosquitos.

La vaca, ignorante y bruta como la masa social, no se enojó cuando le quitaron los hijos, ni cuando la leche, ni siquiera cuando la llevaron a rehencazos hasta aquel infierno de sabandija y de barro.

Sin embargo, tenía el corazón lleno de amarguras y de rencores...

Un día quiso beber en el cañadón porque hacía un calor espantoso y la pobre, derrengada y sin fuerzas, se empantanó en la orilla, de una manera lamentable.

Así pasaron varios días, atormentada por el hambre y por la sabandija brava que le chupaba la sangre. Sus explotadores que le vieron una tarde a la distancia, se limitaron a decir, señalándola con un gesto: "¡Mirá la vaca vieja!... Cuando se muera le sacaremos el cuero"... y sin agregar palabra, prosiguieron al tranco de sus caballos.

A la mañana siguiente, un loco, uno de esos "poetas de la vida", que sin botines y sin sombrero, pasaba por allí con un palo al hombro, y un atadito al extremo del palo, se acercó a la enferma para mirarla:

—"¡Pobre vaca! —dijo, — que se va a morir si no la ayudo"... Y dejando su bártulo de lado, se puso a forcejear por levantarla de la cola. La tarea fué larga y durísima.

El hombre se hundía entre el lodo infecto y los mosquitos se aprovechaban para picarlo a mansalva... La vaca overa se indignó por primera vez en su vida. Quizá pensó que el loco aquel, quería arrancarle la cola, que era, en su concepto, lo único aprovechable que conservaba, pues aún le servía para espantarse los tábanos.

Pero al hombre no se le ocurrió que la vaca pudiera estar enojada; porque era bueno, porque era un loco, porque era un "poeta de la existencia", como hemos dicho, y tras enormes esfuerzos consiguió levantarla.

"¡Gracias a Dios! — dijo enjugándose el sudor con el revés de una mano. — ¡Te salvaste, vaquita! Y entonces la vaca overa, que como las sociedades había creído antes en todos los pillos, desconfió de aquel desinterés inexplicable, y llena de cólera arremetió contra el hombre con sus astas agudas...

Benito LINCH

SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES

HORACIO BUTLER — Retrato

Donatello y Gattamelata

Bienaventurada sea Padua, porque proporciona a quien desciende del Norte su primer encuentro con Donatello! El genio de este hombre es tan hermoso, es tan grande en su arte, el poder de su instinto es tan singular, que su solo nombre es el mejor elogio para el corazón de quienes lo han comprendido.

Parece simple como la misma naturaleza, y como ella está lleno de ideas. Posee en su totalidad la gracia y la fuerza. Y es su don único confundirlas a tal punto con la vida, que no se comprende plenamente una de ellas sino a condición de ser conquistado por la otra.

En la iglesia del Santo, de una riqueza insultante, Donatello, ya viejo, labró los más hermosos bajorrelieves del mundo. El arte no puede ir más allá. Obra sin igual en toda la escultura, por la cual el supremo modelador demostró que pintor era en el bronce o la piedra. Es una pintura sólida que tiene todas las dimensiones. La muchedumbre, la acción, las pasiones, los caracteres, todo está visto por el modelado; todo está retenido con los gestos; el misterio interior está revelado por el movimiento; todo, en fin, está encarnado en la materia. O más bien, la materia ya no existe, tan luminosa e ingenua es la energía de la vida. Aquí la escultura es la reina del espíritu; que no se oculta más y que permite que se le aproximen. Antiguo y cristiano, clásico y siempre apasionado, Donatello es el Rembrandt del arte sensual y severo que encierra el alma en el cuerpo para hacerla más tangible. ¡Oh, viejo Donatello, el más joven de los artistas hasta en la senectud, qué fuente inagotable de vida has cogido en las divinas redes de la forma!

En una palabra, al costado de la misma basílica, Donatello ha erigido el monumento ecuestre del condottiere Gattamelata, capitán de Venecia. Pesado como un percherón, el caballo es bien paduano, un animal de tiro. El nombre, que se ve mal desde abajo sorprende, sin embargo, el espíritu por su fuerza tranquila y su simplicidad. Pero la cabeza merece la pena que se la mire de más cerca.

Ese día limpiaban el bronce. En pleno sol, en este lugar desierto, trepé sobre el andamiaje. Y conocí, frente a frente, el poema magnífico de esta cabeza. Donatello es el Dios del carácter: tal es la razón de mi apasionamiento por él.

Ha hecho de Gattamelata, el viejo general romano, un genio, como ha existido en todo tiempo, Vespasiano o el Cunetator Craso o Sforza. Primeramente quiso que fuera un campesino: un viejo labrador a caballo, sexagenario, edad en que el ambicioso carece de entrañas. Una gran cabeza cuadrada, huesuda, con orejas vulgares, quizá velludas: ni inteligencia ni arrogancia en esta fisonomía, pero sí una invencible obstinación. Las mejillas caen sobre los maxilares; las carnes son las de un hombre que bebe, haciendo bajo la barbilla gruesos pliegues surcados todavía por las arrugas de la edad. Le faltan los dientes. Su cuello es grueso y corto. Sobre la frente sin amplitud, calva encima de las sienes, los cabellos se amontonan en mechas y el cráneo se muestra desnudo por placas. Las cejas muy levantadas están también pegadas a la piel, lo que les da un aire de pelo enfermo. Gorda, con la extremidad caída y las ventanillas apretadas, la nariz es sensual y sin bondad. La boca sobre todo es equívoca, una boca de axiomas y de blasfemias. El labio superior es breve; el otro, más espeso, desciende como el borde replegado en un vaso. Es el viejo astuto de bandas. Mira delante de sí mismo sin dejar de ver hacia los lados. Espera los sucesos con paciencia. Su aire es el de quien finge asombro para volver mejor la espalda al partido que no quiere tomar. Y de su empecinamiento inmutable, no se asombra, en el fondo, nada. Bien o mal, comprende lo que debe hacer y lo hace. Ha visto tanto que no lo detiene ni el escrúpulo. Es paciente y fuerte como una roca batida eternamente por la marea. No conoce la piedad. Es cruel. Hace sus cuentas y va derecho al resultado. Entre los gritos y las llamas de una matanza en una noche de saqueo, bebe una doble ración de vino viejo. Es implacable y dulzón. Esa es la razón quizá que hizo dar a Erasmo de Narni el nombre de Gattamelata, que significa gata melosa.

He ahí el soldado que Donatello me hace conocer. ¿Qué más puedo decir? Donatello es tan grande que no quiero agregar nada más, sino que con el Dante es el artista soberano de Italia.

A. SUARES.

ABERRACION DE LA LUZ. — HIPOTESIS SOBRE EL ETER. — EN POS DEL MOVIMIENTO ABSOLUTO. — CONSTANCIA DE LA VELOCIDAD LUMINOSA. — LA CONTRACCION DE LORENTZ. — EINSTEIN Y LOS CONCEPTOS CLASICOS DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO.

Con frecuencia, tanto en el mundo moral como en el físico y en la vida individual como en la colectiva, el acontecimiento de mayor relieve es la consecuencia inmediata de otro acontecimiento vulgar. Así es como la genialidad de Nietzsche se debe, según presunciones, a que este no era tan buen ginete como fué filósofo después de haber sufrido una rodada; y así es como la formidable catástrofe económico-social de nuestros días, cuyo alcance y cuyo final se está lejos aun de prever, se dice derivar del crimen político común de Sarajevo.

Esto mismo quiere significar la inteligencia del pueblo con su frase "la chispa produce el incendio".

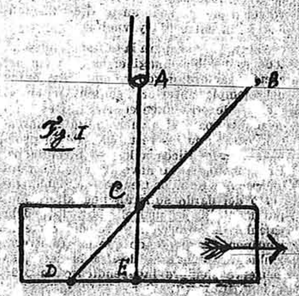
Para el filósofo determinista que nada ve aislado en el universo existiendo por sí y ante sí, que contempla la vida como una cadena de origen y prolongación infinitos, que reconstruye la historia eslabonando los hechos y atribuye, de esta manera, al cosmos una unidad y armonía en su conjunto, lo excepcional y lo transcendental no puede ser determinado sino por una serie de "efectos-causas" no excepcionales o no transcendentales. Y así lo requiere la misma lógica; pues si se representa un punto donde lo original sea vulgar y lo anormal regla, notamos de inmediato la inversión de los conceptos significados en esos vocablos. Ahondando algo más, llegaríamos al aserto de los filósofos relativistas: "ninguna cosa o hecho tiene un valor en sí mismo; éste depende y está en razón inversa del mayor o menor valor de las cosas o hechos que le circundan y que le son más próximos".

Pero no guardan la intención estas líneas de seguir a los vástagos de Platón o Epicuro por los intrincados laberintos de la filosofía, sino dar un corto paseo por los senderos, iluminados por Minerva, de la ciencia, en cuyos anales es donde mejor se comprueba la frecuencia de la expresión expresada al comienzo. Ahí se halla Arquímedes, debiendo a un baño su célebre principio hidrostático; Galileo, a una lámpara suspendida en el interior de un templo, las leyes del péndulo; Papín, a su marmita hirviendo, los efectos mecánicos del vapor; Newton a un fruto en sazón de prendido del árbol, la ley de atracción universal, etc.

La aberración de la luz, descubierta en 1728, es un fenómeno que tuvo su relativa importancia, ya que figuró como argumento rotundo en pro del sistema de Copérnico en pugna por aquel entonces con el de Ptolomeo. Pero ni su descubridor, James Bradley, ni sus contemporáneos hubieran podido imaginar fuera ese descubrimiento el punto de partida de la conmoción más transcental, que sacude al mundo científico casi dos siglos después.

Comprendiendo que habrá muchos lectores ajenos a los textos que tratan al respecto y teniendo por únicas miras las de vulgarizar, será provechoso se inserte aquí un ejemplo sencillísimo que explique el fenómeno aludido.

Imaginemos una de esas espléndidas salas de que disponen los transatlánticos modernos y representémosla en la Fig. 1, como de forma cuadrangular, instalando en su interior a un observador cualquiera. Demos que frente al supuesto barco en el punto A de la costa más o menos distante, se haya emplazado un cañón de grueso calibre. Si éste lanza un disparo estando la nave quieta, perforará las paredes de la sala en los puntos C y E y el observador, guiándose por las perforaciones, verá el obús en su sitio verdadero bajo la visual E A. En cambio, si el barco se moviera en la dirección señalada por la flecha, el proyectil arrojado no haría blanco en el punto E de la segunda



pared sino en D, que se busca en sentido inverso al movimiento. Claramente se ve que la magnitud de E D, lo mismo que la del ángulo D C E (que es igual al ángulo A B C por ser ambos opuestos por el vértice), depende de la velocidad del buque con respecto a la del proyectil. Nuestro observador, no dándose cuenta de que su embarcación camina, creerá

que el tiro viene desde B al examinar las aberturas D y C. Si se quisiera recibir en un tubo la bala, no se deberá dar a éste la dirección de la perpendicular C A sino la de la oblicua D B y el desvío que se mide por el valor del ángulo A C B es lo que se llama "ángulo de aberración".

Pues bien: esto mismo sucede con la Tierra y la luz que nos envían los astros. Nuestro planeta está representado en el ejemplo por el transatlántico de cuya marcha no nos damos cuenta, el cañón figura una estrella cuyos proyectiles son sus rayos luminosos y el tubo aludido se refiere a un telescopio. La relación existente entre 300.000 kms., velocidad traslativa de la Tierra, da la magnitud del ángulo aberrativo fijado en 20" de arco, cantidad pequeñísima, pero suficiente para producirnos la impresión de que sean las estrellas y no nuestro globo quienes describan una órbita elíptica en la esfera celeste.

Se define, pues, el fenómeno de aberración diciendo que es el desvío sufrido por el rayo luminoso de un astro al introducirse en un telescopio y recorrer su longitud.

Pero esta definición requiere la veracidad de dos proposiciones: 1.a, la Tierra se mueve; 2.a, el éter, o sea el medio en que se propaga la luz, está inmóvil. La primera se halla hoy sólidamente asentada en todos los cerebros, a no ser en los de esos pobres dementes que de vez en cuando aparecen vociferando haber descubierto la cuadratura del círculo, el movimiento contínuo o el cráneo fosilizado del primer antropoide que habitó nuestro globo. La segunda también es aceptada por la generalidad de los sabios; aunque algunos, como Hertz, suponen al éter aprisionado por los cuerpos y transportado por ellos en el espacio; y otros, como Fizeau, opinan que en parte el éter acompaña a los cuerpos y en parte se halla quieto.

—

La característica del hombre de ciencia es la perseverancia, rayana a veces en terquedad. De ahí que, inducidos por el fenómeno descubierto por Bradley a admitir la hipótesis de la inmovilidad etérea, los físicos no cejaran hasta ingeniar un medio que se la confirmara y sirviera de prueba terminante. Michelson y Morley fueron los primeros que se aprestaron para dar la nueva al mundo científico y a fe que el aparato construído *ad hoc* se hallaba dispuesto admirablemente, como veremos.

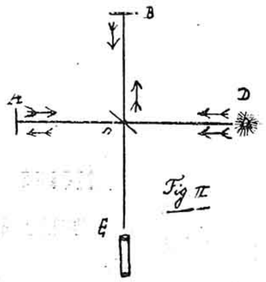
Con un ejemplo se comprenderá cómo los sabios encaraban el problema.

Supongamos una embarcación de 1.000 metros de longitud y en su proa un hombre que lanza un dardo con una velocidad de 1.000 metros por segundo hacia la popa, en donde de antemano se instaló un mecanismo para, tan pronto llegue, devolver la saeta a su punto de partida, conservando siempre su velocidad. Si la embarcación se halla quieta, se sabe que le flecha emplea un segundo en ir y otro en volver. Pero si la embarcación marcha a 500 metros por segundo, 1.000 sobre (1.000 más 500) empleará para llegar a popa y 1.000 sobre (1.000 — 500) para volver a proa, o sea: un total de 2 segundos y 2|3 entre ida y vuelta.

Ahora, ya que para la fantasía humana todo es posible, imaginemos a la embarcación, saetero, dardo y demás elementos del ejemplo anterior contenidos en el vientre de otra nave enorme. Si esta no se mueve, para el hombre de la embarcación contenida los resultados de su prueba serán idénticos a los ya formulados. En cambio, si la nave continente también se moviera, los tiempos del doble trayecto del dardo sufrirán una alteración, por medio de la cual el sagitario podría calcular la dirección y velocidad de la continente, suponiendo que la atmósfera, ambiente en que se desliza la saeta, se conserve siempre independiente de todo movimiento.

Realizando las ficciones de que nos hemos valido, esto es: suplantando a la enorme nave por el sistema solar, a la embarcación contenida por la Tierra, al dardo por un rayo de luz, al mecanismo instalado en la popa por un espejo y a la atmósfera por el éter, se poseerá una idea clara y sencilla de la disposición y alcance del célebre experimento Michelson-Morley, cuyo objeto era comprobar la existencia e inmovilidad etérea y fijar el valor del movimiento absoluto terrestre, o sea el valor de la velocidad de nuestro planeta respecto al éter, creído en estado de perfecto reposo.

La Fig. II es el esquema del aparato. B E es perpendicular a A D y ésta es paralela a la marcha traslativa terrestre. En A y en B se colocan espejos, dispuestos de modo que se reflejen hacia C. Por el punto D se introduce un rayo luminoso que al llegar a C, debido a una lámina de vidrio, se bifurca, siguiendo parte hacia A y otra parte hacia B. Ambos espejos vuelven los rayos respectivos, que se juntan de nuevo en C para producir el fenómeno llamado en física de "interferencia". Siendo A C igual a B C, el tiempo empleado por un rayo en el doble trayecto CA AC debe ser diferente al empleado por el otro en recorrer CB BC, por ser uno perpendicular al movimiento terrestre (el caso del dardo estando la embarcación quieta) y otro paralelo (el caso del dardo moviéndose la embarcación). Conociéndose la velocidad de la luz y la de la Tierra, puede establecerse "a priori" esa diferencia; pero los sabios ¡oh sorpresa! encontraron que en ambos casos los tiempos eran idénticos. Es decir: que la velocidad luminosa es constante, invariable, como si la saeta del ejemplo, tanto estando el barco inmóvil como en marcha, tardara el mismo tiempo en ir y volver de proa a popa.



Y por mucho que esto choque a nuestra lógica, no hay más remedio que aceptarlo como una realidad. Nuestro entendimiento no ha de rebelarse contra la robustez de los hechos, nuestra inteligencia no debe colocarse al margen de la majestad de la experiencia, guía y base del conocimiento. Sitter había llegado al mismo resultado por observaciones astronómicas y Crouton y Noble por experimentos de naturaleza electro-magnética.

—

Los infatigables arquitectos de la ciencia, después de tantos siglos de continuada labor, cuando con mayor fe creían en la solidez de su obra, notan tambalear su edificio. ¿Cómo armonizar los resultados negativos de la experiencia? ¿Cómo anular la contradicción de los hechos? ¿Cómo salir del trance? Pues echando mano a las hipótesis, que suelen ser como una especie de masa para llenar huecos, para cubrir fallas.

Léase cómo explica una de éstas el astrónomo Carlos Nordmann en los siguientes párrafos:

José LOPEZ NOVOA

(Continuará)

RAFAEL BARRETT

Conversaciones y otros escritos

Teorías del honor y del insulto

Don Tomás. — Me encuentra usted leyendo un bonito artículo.

Don Angel. — ¿Usted, que no toca nunca los diarios?

Don Tomás. — Es que este artículo pertenece a una categoría especial: es insultante. Los movimientos del oído me interesan. Por una casualidad dichosa, sé que una de las acusaciones aquí lanzadas no tiene base física. Se trata de un abogado que retuvo algunos días en su casa las joyas y efectos de una cliente suya, la cual se había ausentado de pronto, exponiendo el valioso equipaje al robo irremediable y anónimo. Bajo inventario, delante de testigos y según acta varias veces publicada, el abogado depositó el cuerpo del futuro delito en las arcas del juez. ¡Pues nada! A pesar de tan sencillas pruebas, el pobre hombre, mientras viva, pasará por ladrón de alhajas. Cuando usted llegó, me hallaba yo reflexionando sobre la bella fecundidad de la mentira.

Don Angel. — Lo cierto es que la verdad no tiene valor. En cambio los errores comunes son bastante robustos para llevar el peso de una civilización. Un ataque personal que no inventa y adorna, de acuerdo con el ambiente; un ataque fundado en hechos verificables no aplasta. Nadie cree la verdad. Lo que se demuestra se refuta. Lo que se sugiere vence. La verdad no afirma: duda. No afrenta: explica. La mentira mata. No es la luz la que mancha, sino el lodo. ¿Cómo deshonrar al prójimo sin deshonrarnos nosotros mismos? Somos solidarios. La única acción justa sería comprender, perdonar y curar.

Don Tomás. — Se puede sostener en efecto que la verdad no es humana. Si nos emancipáramos un poco de Lamarck, nos fijaríamos, no sólo en la influencia del medio sobre la especie, sino en la de la especie sobre el medio. Nos es imposible entender el universo sin transformarlo de un modo positivo y durable. Nos es imposible digerir la verdad cruda. Hay que adobarla y guisarla y ensalsarla en nuestros laboratorios y gabinetes. Por eso el que insulta debe, para ser escuchado, ejercitar su fantasía, mucho más humana y contagiosa que la exactitud.

Don Angel. — Basta anunciar el insulto para darle toda su fuerza. No importa que el insultado sea inocente; es insultado. A él le atañe probar su honorabilidad, y recobrar lo perdido. Tiene que probar que cada minuto de su existencia ha sido honorable hasta el momento del insulto. Pero como semejante empresa es absurda, el efecto del insulto es casi eterno. Alcanza hasta la cuarta generación. ¡Calumnia, que algo queda!

Don Tomás. — Presenta usted mal la cuestión. Se diría que para usted el insulto goza de una virtud intrínseca, y es fórmula de exorcismo al revés, que mete los demonios en el cuerpo en lugar de sacarlos. El que insulta siempre tiene razón, cierto; en cuanto yo insulte arbitrariamente, y con energía, pondré a las gentes de mi parte. ¿Por qué? ¿Manía de aritméticos, que suponen una suma fija de ignominia destinada a la humanidad, y que se alegran de que les caiga en suerte a los otros el mayor lote? No: es que los hombres suelen ser viles. Muchas de las enfermedades que frecuento no son sino la sombra que los vicios del alma proyectan en la carne. Los hombres son viles. Al declarar vil a un hombre determinado, planteo una proposición sumamente probable.

Don Angel. — ¡Bah! Murmure usted al oído del vulgo que el joven más vigoroso de la capital es involuntariamente casto, y no habrá quien le contradiga.

Don Tomás. — El insulto pintoresco es irresistible. Hay una estética del insulto.

Don Angel. — Ello es que el honor depende del capricho de cualquiera que no tema una venganza individual.

Don Tomás. — ¡No! El honor se lava.

Don Angel — ¡Ah! ¿El duelo? Déjeme reir.

Don Tomás. — No se ría usted. Examine. El honor es tan delicado que un soplo lo empaña, aunque sea el aliento de una víbora. También la conciencia católica, al soplo de un breve pensamiento, se ennegrece con el pecado mortal. No es razonable que seamos todos infames, ni que todos vayamos al infierno. La conciencia católica se lava, don Angel; el honor lo mismo. Es necesario el sacramento. El duelo es un sacramento civil; sirve para desagraviar al público. — Dios, es un sacrificio ritual. La espada es la hostia, y los padrinos los sacerdotes. Tenemos un clero del honor, representantes vitalicios de los caballeros miembros de los jurís de inapelables sentencias. El insultado vuelve a la gracia mediante la transcendental ceremonia del terreno. ¡Ay del que falte a la sagrada regla! ¡Ay del que muerda la hostia! ¡Ay del sacrílego! ¡Atención a las palmadas! Si os equivocáis seréis malditos y excomulgados. Os echarán del templo, cosa peor que la muerte. Saquead, mentid, torturad y escarneced, pero no pinchéis a destiempo. En Buenos Aires, por una estocada prematura, ha sido ejecutado un duelista. Rompió las hostilidades, como el Japón, contra los cánones diplomáticos. No fué suficientemente culto para asesinar a la voz de mando. Careció de disciplina. Obedeció a sus instintos primordiales. Profanó el sacramento.

Don Angel. — Si nos insultan, don Tomás, ¿qué haremos?

Don Tomás. — Cerraremos las puertas, y seguiremos conversando.

Rafael BARRETT

Pedro Kropotkin — Conferencias

—

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volúmen de las Conferencias de Kropotkin.— Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volúmen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX Los monopolios en la Inglaterra constitucional—En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado ¿puede ser un intrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.*

Precio del tomo . . . . . $ 0,50
Encuadernado en tela . . . $ 1,50

Pierre Ramus

La libre concurrencia en el comunismo

El equilibrio de los elementos sociales y el estímulo creador tan necesario para el individuo, una acción eficaz ascendente según las fuerzas, — necesitan una fuerza motora, un regulador que establezca un orden natural de la selección en la enorme cantidad de energías colectivas y personales de que se compone la sociedad. Hay en todos los hombres un impulso natural de trabajo, pero lo que lo dirige por el justo camino, lo que le lleva a un obrar conveniente, eso es creado en él según un encadenamiento social organizado de los distintos factores productivos. La prosperidad de la sociedad depende en el más alto grado de ese sistema de trabajo solidario y espontáneo de todos y de cada uno para un fin determinado.

En el orden de cosas existente el privilegio de la división del trabajo forma el fundamento de la producción social. Obra sin embargo de tal manera que los individuos no son educados desde temprano para tomar parte en todas las funciones del proceso de la vida y del trabajo, sino más bien para un oficio determinado. Sobre su naturaleza, sobre sus exigencias especiales, raramente se eleva la mayoría de los hombres. Por eso la vida social se convierte en una especie de maquinismo que pone en rotación automáticamente los sucesos particulares del proceso de la vida, estrechamente aislados unos de otros. Su ensamblamiento está prescripto directivamente por unas cuantas personalidades dirigentes, a cuyas disposiciones se somete la gran masa del pueblo, no tomando por decirlo así parte directa alguna en ellas.

* * *

Mientras el principio de la división del trabajo que tomamos aquí de paso funciona realmente en la constitución social imperante perfeccionado (cultivado) hasta el extremo, es extraño que sus apologistas se vanagloríen menos de ese principio que de otro, es decir, del principio de la libre concurrencia, es decir, de la competencia. Mucho más que del principio de la división del trabajo, se sostiene de la concurrencia que es la piedra angular en que reposa todo el fundamento de la sociedad actual. Es de la más grande importancia la investigación de la correspondencia de esa afirmación con la verdad objetiva.

Es verdad que el postulado de la libre concurrencia, introducido en la sociología por Adam Smith principalmente, se cuenta entre los elementos más indispensables de la vida y del engranaje modernos. Con su exclusión, la producción capitalista cesa de actuar, hasta de ser formalmente, y la sociedad capitalista se asemeja por su monotonía a un presidio o a un cuartel; no posee movimientos ir dependientes, los hombres se rebajan más al estado de meros autómatas cuanto más abolida es la competencia, y la complicada especie de la adversidad de los intereses de que se compone la vida social del Estado y del capitalismo, agotan y entorpecen las fuerzas vivientes del saludable egoísmo, es decir, de un sentimiento sobre todo muy natural. Tanto la producción como el consumo se paralizan, todo se realiza automáticamente y la actividad entera de la sociedad pierde el espíritu cuando está privada de la concurrencia, es únicamente una actividad aparente.

Lo horriblemente que se manifiestan las abiliciones de la libre concurrencia o sólo de una medida mínima de ella, como la que tenemos en la sociedad estatal, nos lo enseña toda guerra, nos lo enseñó primeramente la guerra mundial en cuyo desarrollo, particularmente los imperios centrales, cortaron a sus pueblos formalmente las arterias vitales al acaparar estatalmente los bienes existentes e instalarse con una grotesca reglamentación de las condiciones de la producción en los dominios de la alimentación más importantes, reglamentación que excluyó completamente, por decirlo así, la libre concurrencia gracias a las penas establecidas contra las infracciones. ¿Cuál fué la consecuencia de esta infame guerra del Estado contra su propio pueblo? Que a éste le fueron cortadas las fuentes vitales, el comercio y el tráfico existían solo artificialmente, forzados por el Estado, principalmente para sus necesidades y su dirección de guerra, mientras los artículos alimenticios, el pan, la harina, todos los demás alimentos por el estilo, desaparecieron para el pueblo casi completamente, y en parte no existían o existían sólo en raciones mínimamente insuficientes. No se achaque este fenómeno a la guerra y a la substracción por la misma de las fuerzas productivas. La guerra trajo una carestía anormal, pero especialmente debido a la monopolización ejecutada por la violencia gubernamental. La inexistencia en los productores de intereses en la producción y, aun más, en la venta, siempre decreciente, fué la consecuencia directa del encadenamiento de la concurrencia en los pueblos por el Estado.

* * *

Ya los rasgos fundamentales de la concurrencia demuestran su razón de ser y la razón de su actuación en la sociedad.

Todo individuo está inspirado por un instinto natural para superar a sus semejantes en sus producciones. Por eso está junto al instinto de la imitación la conciencia de la infinidad y de la ilimitación del progreso humano y de sus posibilidades. No son los motivos económicos los que acarrean la concurrencia de los individuos y de los pueblos; se trata también de una disposición natural que arraiga en el espíritu del individuo y obra en él formalmente. Que este instinto produce en la sociedad actual fenómenos de la más lamentable especie, es tan indisputable como erróneo es atribuírselos exclusivamente a él. Lo que observamos en la sociedad presente no es la libre concurrencia sino una lucha recíproca que se realiza bajo frenos entre los hombres desigualmente situados, no por un fin que está en la propia lucha de concurrencia, sino más bien por beneficios pura y simplemente económicos, cuya manera de producción monopolista está ligada, encadenada y detenida, por lo cual debe traducirse en odio e inhumanidad, lo que generalmente y erróneamente se echa en la cuenta de la concurrencia.

Como todo en la sociedad estatal, también debe ser convertido en sujeto de justificación de su orden el principio de la concurrencia. En su especial aplicación económica debía ser una interpretación de la lucha darwiniana por la existencia en el sentido de la reivindicación de la violencia económica de los dominantes sobre los dominados, de los privilegiados económicos y de los fuertes sobre los desposeídos, es decir, de los débiles. Naturalmente debía chocar en esta forma en múltiple resistencia, y así el principio de la concurrencia fué rechazado rotundamente también por las escuelas socialistas estatales.

En todos sus sistemas la concurrencia es excluída bajo todas las formas. Los hombres producen para un amo, el Estado, que distribuye a todos patriarcalmente, la parte igual de la ganancia, es decir, del salario. Donde son concedidas excepciones, se refieren en la mayoría de las veces a un pago graduado del trabajo calificado, con lo cual es permitido el principio de una cierta concurrencia — no una libre concurrencia — En general la concurrencia es prohibida en los sistemas de doctrina estatales-comunistas y se llega a ver en ella una de las causas y de las fuentes mayores de miseria y de desigualdad de las condiciones económicas de existencia en la sociedad. Por ejemplo el marxismo deduce teóricamente que la concurrencia es un principio suicida del capitalismo que contribuye esencialmente, mientras se lleva a sí *ad absurdum*, a cavar su tumba.

Todas estas interpretaciones referentes a la concurrencia son en la mayor parte erróneas y no reconocen que en la concurrencia aparecen los elementos extraordinarios, preciosos, irreemplazables del estímulo individual como del progreso colectivo. Pero debe ser confesado que la adversidad contra ella posee una cierta justificación, cuando se indica la concepción de la economía nacional, especialmente de Ricardo y de la llamada escuela de Manchester, relacionada con la idea de concurrencia.

Según la teoría de estos representantes de la concurrencia, deben persistir íntegros e inmaculados los fundamentos económicos de la propiedad monopolista, como de toda propiedad privada de la violencia, protegidos y mantenidos por el Estado. Indudablemente el Estado debe ser limitado en sus funciones parcialmente a su terreno puramente político y suplantado económicamente todo lo posible; sin embargo el Estado debe quedar en pié en tanto que principio y que institución. En eso armoniza esa concepción económica con el liberalismo político.

Por lo que se refiere a los inconvenientes y prejuicios sociales que se manifiestan sin embargo innegablemente, deben ser abolidos justamente por la actual concurrencia, que es llamada libre. Se sostiene que solo la concurrencia puede obligar a cada uno a la realización de sus tareas económicas. Por ellas serían conseguidas la producción más barata, la productibilidad más elevada posible. De esta forma se transforma el egoísmo de los individuos en fortuna para la comunidad. Un individuo supera así al otro y todos encuentran en eso su ventaja personal. El que no sirve es eliminado en cierto modo y así la concurrencia es para la sociedad lo que la selección para la naturaleza. Pero como las necesidades de la sociedad son distintas, la capacidad de adaptación de todos sus miembros es muy diversa y múltiple, y al fin y al cabo cada uno llega a su cuenta. Poco a poco se realiza de nuevo siempre una compensación reguladora y saludable. Todos los consumidores son provistos de la manera más abundante con productos más y más baratos, los empresarios pueden desarrollar sin obstáculos sus fuerzas y los trabajadores buscar su salario allí donde la oferta de trabajo es más pequeña y por tanto los sueldos son más elevados. Así llega la sociedad a un estado de completa armonía social en la que todos y cada uno emplean sus capacidades naturales del modo más conveniente y logran hasta cierto modo el derecho natural y completo al producto íntegro de su trabajo, constituído hasta cierto punto por sus capacidades.

* * *

Tan indudablemente verdadero como es que esa situación de un sistema exterior e interior del libre cambio es el más elevado y el mejor de que es capaz la sociedad estatista, así es indisputablemente verdadero por otra parte que no es una situación de armonía social ni puede llegar a serlo. El error de esta escuela nacional-económica no consistió ni consiste en esto, en ver en la concurrencia un precioso principio económico que se desarrolla naturalmente. Consiste más bien en sostener que la concurrencia en los cuadros del Estado y sobre el fundamento capitalista puede ser libre y además, que en un sistema como el dominante se verificaría como un principio social, naturalmente activo. Por otra parte el error de las ideas comunistas estatales consistió y consiste en sostener que la sociedad puede y debe llegar en cierto modo a despersonalizarse por la acción de la concurrencia, que ésta es en sí una temible malhechora y la culpable de la miseria en la sociedad.

Respecto a la concepción liberal de la concurrencia hay que decir que es lógica. Mientras se realice bajo las circunstancias de un nacimiento más o menos injustamente favorecido del individuo, mientras los hombres no sean dotados

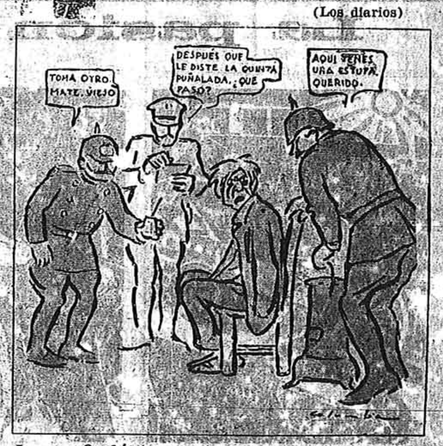
Como se producen las confesiones espontáneas

"El presunto homicida se mantiene reservado e insiste en sus protestas de inocencia".

(Los diarios)

"Después de un hábil interrogatorio, la Policía ha obtenido la confesión del autor".

(Los diarios)



Antes y después de la confesión

(De la revista *Páginas de Columbu*)

desigualmente por la naturaleza sino por la cuna para entrar en la lucha por la existencia, mientras esa desigualdad halle su expresión infinitamente más grande en el terreno económico que en el fisiológico, mientras las posibilidades de la organización social sean tales que un individuo inhábil, torpe, pero nacido rico es infinitamente superior en posibilidades, en éxito y en promoción a otro nacido pobre, pero inteligente, — es absurdo hablar de una concurrencia natural y honrada y más aun de una libre concurrencia.

En realidad no existe en la sociedad estatal monopolista una premisa ni para los primeros ni para los últimos. Lo que hoy se llama concurrencia es una vana mentira. Es solo la lucha primitiva brutal de los fuertes contra los débiles, en la cual los fuertes aprovechan después de sus victorias las ventajas obtenidas y los "derechos" arrebatados, condenando a los débiles a llevar una vida entera en una situación en que por decirlo así está excluída toda posibilidad de una competencia leal contra ellos. Donde sin embargo se produce esa competencia aparente, se produce sólo en apariencia. En la regla es así: el que está desfavorablemente situado es empleado como un instrumento por los poderosos, los cuales después aniquilan a todos los que no pueden emplear de tal modo en su existencia económica mediante aquellos instrumentos; aseguran a sus instrumentos algunos favores por los servicios prestados, pero el éxito de los mismos lo reclaman para sí.

* * *

Favor y desfavor en las ventajas sociales, sus posibilidades de consecución las determinan exclusivamente la elevación o el rebajamiento de una existencia económica, no sus capacidades naturales, la comprensión, la fuerza, la razón. El que en esto juegue el capricho del azar una incontrolable arbitrariedad, el papel principal, hace que sea en su condicionalidad causal más siniestro aun y más pérfido. Se debe uno cuidar de responsabilizar globalmente por esta razón a muchas ideas indudablemente justas del liberalismo sobre la libre concurrencia a causa de sus ideas falsas, asociadas a ellas en los cuadros de la sociedad existente, en las consecuencias que se basan en el desconocimiento del principio estatista y económico de la monopolización. Si se hace esto se incurre en la falta contraria: se glorifica el Estado, que es justamente la causa esencial del mal que se propaga también en la sociedad liberal.

Se trata, más bien y lógicamente, de esto, de establecer primeramente las *condiciones previas* de una concurrencia libre. En una sociedad comunista anarquista se producen por sí mismas o por necesidad natural. Lejos de ser la concurrencia eliminada por ésta, tal comunismo significa el más elevado desarrollo de la libre competencia. Negar esto es negar la posibilidad de un desenvolvimiento de la personalidad individual en la libertad económica.

Según mi concepción, la libre individualidad de los hombres es garantizada económicamente por el comunismo. Y por distintos que puedan ser los hombres en su naturaleza y en su poder, y que serán indudablemente, la sociedad debe mantenerse ante ellos estrictamente neutral, justicieramente no debe tomar el partido de un solo grupo o de unos grupos monopolísticos favorecidos, tiene que poner a disposición de *todos* posibilidades *iguales* de trabajo, de empresa y de seguridad económica en la más amplia medida. Tan solo cuando sucede esto, entonces y sólo entonces existe la posibilida de una concurrencia verdaderamente *libre*, en lugar de lo que se llama hoy tal, pero que solamente es un degüello recíproco más o menos criminal, ejecutado no en favor de la concurrencia en el dominio espiritual o manual, sino de una ventaja escamoteada que no tiene ordinariamente nada que ver con el valor cualitativo de las cosas, que está en una proporción inversa con ese valor.

* * *

Con esto recibe el principio de la concurrencia otro carácter muy distinto. Lo sacamos del círculo de la consideración defectuosa de que debe ser siempre la lucha encarnizada por el pesebre y demostramos que es un principio esencial de la capacitación de trabajo. Tan solo allí, donde la tierra está incondicionalmente libre a disposición de todos los que deseen trabajarla y son empleados sin obstáculos los instrumentos de trabajo según la medida de la capacidad individual y de la inclinación, se puede desarrollar una concurrencia natural, correspondiente a las capacidades de los individuos. Entonces es libre la concurrencia y en la mayoría de los casos se manifestará en el dominio intelectual, verificando su práctica experimentalmente.

Supuesto como fundamento de la sociedad un aprovisionamiento económico suficiente del individuo, se origina un impulso creador de desenvolvimiento en el hombre que, o raya en lo artístico o en el arte, y en todo caso significa una labor espiritual más elevada y desarrollada, también en forma manual. Que esto será diverso es comprensible, pues los hombres no son iguales por naturaleza, ni están igualmente dotados. Pero es una pésima ilusión derivar de esto que su estómago tiene derechos desiguales a la satisfacción de sus distintas necesidades o que su personalidad debe estar favorable o desfavorablemente situada en la sociedad. La diversidad de las cualidades del hombre es un principio de la diversidad, de la rica multiplicidad de la naturaleza, que en una concurrencia libre puede expresarse principalmente en el terreno espiritual, cosechando frutos espirituales. Por distintas que sean sus capacidades, no justifica sin embargo nada para desatar el lazo de la humanidad que nos reune a todos sobre una base de absoluta igualdad; por diferentes que sean, queda una verdad inconmovible: que todos son en primer lugar hombres, que en cada uno de ellos duermen los mundos más sublimes, cuyo despertar y resurrección son distintos según el grado, pero no según la humanidad; en esos mundos no puede ser nadie oprimido.

En una sociedad libre no desaparecerá el principio de la libre concurrencia, encontrará en ella realmente su más noble materialización.

Esta se puede alcanzar solo en el terreno espiritual. Una concurrencia como la que existe hoy por un pedazo de pan, por la más brutal materialización de las necesidades económicas, es una concurrencia como la del correr de un lado al otro de los animales en busca del pienso. Etimológicamente se puede aplicar también la palabra en ese sentido, pero realmente, empleada así es una absurdidez. Pues la *libre* competencia supone ineludiblemente una cosa, que los que en ella participan tienen la calificación intelectual para ella medida de sus fuerzas, lo cual no es ante todo el caso de los hambrientos y que aspiran según los medios más primitivos a su satisfacción.

* * *

No sería deseable carecer en un orden comunista anarquista de la concurrencia, aunque se pudiera pasar sin ella. Pero se puede huir de ella tan poco como del instinto humano de trabajo en general. La aspiración natural de cada hoombre de competir con sus semejantes arraiga en él inextirpable. No se puede tratar de eso, de modificar una cualidad natural del hombre, sino de asegurarle el espacio en que pueda verificarse para bien del individuo y de todos.

Este es el caso en la organización libre de una sociedad, donde un individuo encuentra su ventaja propia en la superación de sus concurrentes por una acción propia que se distinga de la acción de los demás, y al mismo tiempo fomenta la de la comunidad; la comunidad no podría gozar de ventaja alguna que no viniera en primer lugar en favor del individuo.

Supongamos un caso sencillo, pero muy concreto. Un individuo ha terminado la elaboración teórica de una máquina técnica reformada. La manera de vida de este inventor no será mejorada esencialmente por la nueva máquina. ¿Qué es lo que motivaría su entrega a la comunidad, se preguntará, cuando ese inventor viva en una sociedad comunista anarquista? No ganará una parte más grande de los bienes materiales que la que ya tiene, pues en un orden comunista de la anarquía prevalece el libre derecho a recibir todos los bienes necesarios para el mantenimiento de la vida según el propio juicio.

Y sin embargo, entregará con gusto y alegremente su invento a la publicidad. Porque, de lo contrario, carecería de todo valor práctico. Como bien común está a disposición libre del inventor tanto como de los demás, con lo cual se eleva al nivel común y se origina un beneficio muy importante para el individuo.

Otro ejemplo de la libre concurrencia en el anarquismo comunista. Un panadero ha descubierto una manera de elaborar el pan extraordinariamente superior al proceso ordinario de trabajo. ¿Qué estímulo tendría para informar de esa invención, por qué ha reflexionado, investigado originariamente sobre ella?

Sencillamente porque su feliz idea, su aplicación para realizarla y elaborarla, lo eleva en el aprecio y consideración de sus semejantes. Como todo inventor, todo sabio legítimo, todo poeta verdadero, él también, el panadero, porque obró en él el impulso creador de un espíritu viviente. Y lo que pensó y creó no llegó a ser realidad por la perspectiva de ganancias materiales, sino porque le atraía la conciencia de la evolución superior del propio espíritu a probar si lograría o no realizar su obra. Así debe estimular espiritalmente la concurrencia de loos individuos en completa libertad y lo hará ciertamente de un modo poderoso.

* * *

Será libre la concurrencia en la sociedad comunista anarquista en el sentido que el individuo tiene la posibilidad en todo momento de marchar por su propia ruta de labor, por sus propias vías de pensamiento y de acción. Y existirá por que la espiritualidad del individuo como de la colectividad, se elevará extraordinariamente bajo las condiciones materiales de la igualdad económica.

Por la supresión de todos los privilegios monopolistas es posible a todos probar sus fuerzas, dirigirlas allí donde pueden verificarse más solidamente. Y como los hombres de una sociedad tan racionalmente organizada están sobre el principio animal de la mera conservación, su concurrencia será principalmente intelectual; estimulándolos y haciéndolos dichosos, provocará el progreso de la comunidad por la mayor fuerza de los individuos. La ventaja de estos consistirá en el aumento de su propia fuerza, y puesto que ésta siempre resulta en favor de todos, no se producirá ninguna especie de conflictos personales, sino que la libre concurrencia en todos los dominios formará el más precioso impulso vital de la sociedad. Sin embargo, todo nuevo método, todo nuevo conocimiento, toda nueva posibilidad de acción estarán a disposición de todos por el empleo libre, originando a todos una alegre gratitud hacia el vencedor que en la concurrencia del espíritu obtuvo la corona de laurel del éxito de la manera más noble; al vencedor, en cambio, lo hace feliz y lo enriquece interiormente la conciencia de no necesitar de los demás una limosna por haber enriquecido y hecho feliz del modo más evidente a sí mismo y a todos.

Las actividades de la concurrencia en una sociedad comunista anarquista se manifestarán infinitamente elevadas y aumentadas. Lejos de extinguirse, la sociedad comunista anarquista, las avivará completamente, formará, partiendo de un modo de vida eugenista progresivo, el elemento fecundante de una concurrencia espiritual y determinará el impulso hacia el ennoblecimiento y purificación en todo individuo en provecho de todos.

La pasiòn de un revolucionario

(2)

(Grabados en madera por Frans Masereel)

Vagando por las calles se roba un pedazo de pan.

El delito es descubierto y la policía lo arresta.

Condenado por haber robado para comer.

Una vez adulto, siente una profunda compasión por el prójimo.